Vida cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Coni, mi querida casinuera, nos trajo prestado un video de la serie "El Planeta Viviente", escrita y presentada por el zoólogo británico Sir David Attenborough. Este caset se llama "El primer desafío: nacer". Es un documental con muchas escenas de cómo nacen diferentes animales.

Lo acabo de ver ahorita. Me quedé absolutamente impactada. Resultó mucho más divertido e interesante, mucho más fuerte y dramático que cualquier película de "acción" de las que renta uno los fines de semana.

Asombro, maravilla. El drama de nacer. La sabiduría misteriosa y tan diversificada de la naturaleza. Miles de formas de llegar a este mundo, en el mar, en la tierra, en el aire: partos, huevos, embriones, larvas, cachorros, polluelos, todos fotografiados magistralmente. Bravo por la tecnología moderna y los telefotos. Que vivan los camarógrafos exploradores, viva su paciencia y sus ojos y su arte prodigioso.

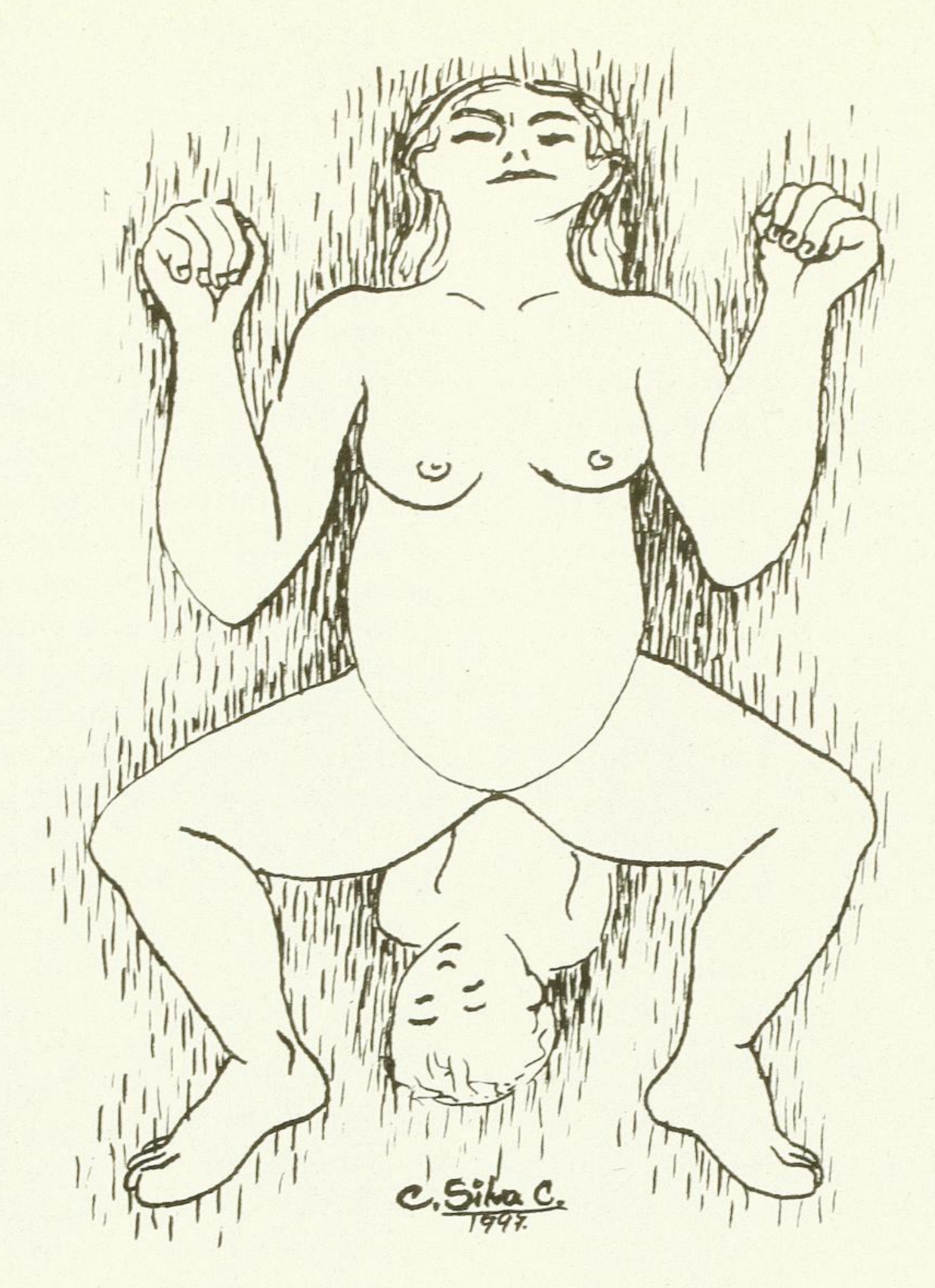
Me acordé de Simone de Beauvoir. Porque durante siglos, como ella explica en su *Segundo Sexo*, las viejas ideologías patriarcales han identificado a las mujeres (y a los hombres) con algunos modelos, cuidadosamente elegidos, de conducta animal. Era, por supuesto, una manipulada y mañosa identificación. Como aquella vez que una persona me recitó sentenciosamente el versito: "Tú serás la paloma para el nido, yo seré el león para el combate". O sea, querida Marcela, deja de estar combatiendo en el mundo y ya cállate y mejor vete a empollar tus huevitos.

Ellos han pretendido ser leones, tigres y águilas. Y nos han llamado, según el caso, gacelas, palomas, gallinas, loros o cacatúas. Pienso también cómo les gustaba ese mito de la mujer como la araña viuda negra, que tiene la curiosa e interesante costumbre de matar al macho después del apareamiento.

Pero mejor te cuento algunas cosas que están en el video.

En una isla del Pacífico, más de cien mil cangrejas caminan hacia el mar para desovar. Luego se mueren. El agua del océano se tiñe de

café por la presencia de mil millones de huevos. Esto será un suculento caldito para miles de peces y pájaros. Algunos años, ningún cangrejo sobrevivirá. Cada cinco años, más o menos, un cangrejito de cada cien mil habrá llegado a la vida adulta. Proporción final: un hijo por cada madre.



Unos erizos, muy a gusto, se reproducen: ella lanza al agua sus óvulos. El lanza al agua su semen. La divina providencia hace lo demás.

Una almeja gigante también se reproduce con toda comodidad: Una vez al año, un buen día, como es hermafrodita, lanza un chorro de huevos, y al rato lanza un chorro de semen que los fertilizará.

Así le hacen muchas criaturas marinas. Ella desova, él lanza su semen, y los dos elementos se juntan y se fertilizan en el agua, si Dios quiere. La desproporción de los huevos y los que finalmente sobreviven es enorme.

En los animales de la tierra, se necesitan menos huevos. La mantis religiosa nomás tiene cada vez cuatrocientos hijitos.

Unos azotadorcitos, hijos de la mariposa búho, cuando nacen de unos bellísimos huevos milimétricos, se comen el cascarón. Es pura proteína. La madre no se quedó a cuidarlos, pero los dejó bien abastecidos.

Luego vi una avispa padrísima. Lugar: suelo seco y endurecido de un desierto de Estados Unidos. Esta avispa perfora con muchos trabajos un túnel en el suelo. Luego, se sale y tapa la entrada con piedritas. Se va a buscar gusanos. Coge un gusano casi tan grande como ella misma, lo mata, regresa al hoyo, quita las piedritas y lo mete. Pone un huevo junto al gusano. Así, cada hijito que nazca tendrá su delicioso gusano para comer. Así, como diez o quince veces. (Imagen inevitable: abro el zaguán, saco el vocho, cierro el zaguán, voy al súper. Regreso, abro el zaguán, meto el vocho, cierro el zaguán, guardo las cosas del súper).

Otra avispa, malvada, le inyecta a unas pobres orugas sus huevos. Crecen los huevitos gracias a la carne de la pobre madre involuntaria. Y un día nacen, perforando y matando a la oruga.

Hay unos peces preciosos, unos cíclidos de Nicaragua, en donde el macho coopera muchísimo. Hace un hoyo, lo limpia muy bien. La pescada pone sus huevos en una roca. Cuando nacen, los toma cuidadosamente con la boca y los mete en el hoyo. Los dos alimentan y protegen todo el tiempo a sus pescaditos hasta que son autosuficientes. Estos tienen un alto índice de supervivencia.

Hay moscas heroicas que se pasan inmóviles tres semanas sobre su nidito para cuidar a los huevos. Atacan furiosamente a cualquiera que se acerque. Unos gansos del ártico, bravísimos, él y ella, agreden a los hábiles zorros que pretenden merendar unos huevitos robados del nido.

Una cocodrila construye su nido con hojas que se pudrirán en un hoyo cavado a la orilla del río. Ella puede regular exactamente la

temperatura, por la cantidad de hojas. Y si el nido está a 30° C., serán todas hembritas. Si está a 32, serán varoncitos. Si está a 31, serán la mitad cocodrilitos y la mitad cocodrilitas. Y lo más impresionante es que los críos nacen preciosos, perfectamente formados, con dientitos y todo.

Escena tremenda: unos halcones tienen tres huevos en su nido. Los hijos no nacen al mismo tiempo, sino con días de diferencia. Entonces hay uno más grande. Llegan, ambos padres, a traerles comida, y el pollito más grande es el más gandalla y se come todo. El segundo come menos, pero come. Al chiquito no le toca nada. Se muere. Les vale gorro. Se lo comen, en parte, y luego lo tiran. Esto sucede en años de escasez; si hay abundancia de comida, alimentan a los tres.

Varias madres se mueren al dar a luz. Unas larvas. Unas piojas de mar. Otras, cargan fatigosamente a sus hijitos durante mucho tiempo: desde la alacrana hasta la cangura.

Unos pájaros muy simpáticos, unos grajos de Florida, cuidan a los pollos entre todos. Como si la comunidad se dividiera; sólo unos cuantos se aparean, porque no abunda el alimento. Y hay muchos "solteros" que funcionan como tíos y tías solidarios y cooperadores con la crianza de la progenie. Igual hacen algunas focas, algunos patos y los elefantes. Todos ayudan a cuidar a los chiquitos.

Hay pescados machos que se "embarazan": la hembra pone sus huevos en una hendidura del cuerpo de él. El los carga y los pare a su tiempo.

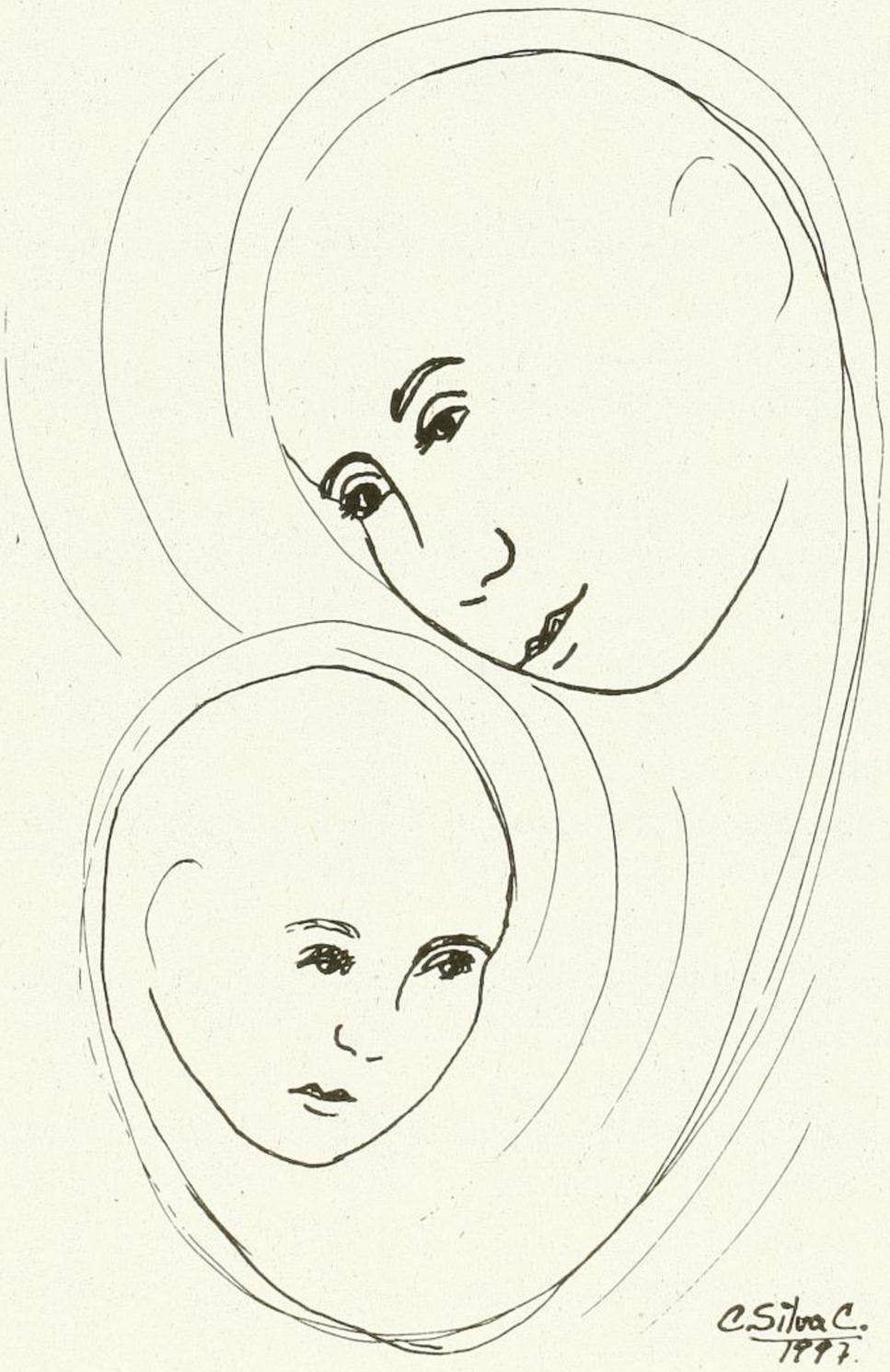
Pero la campeona del parto incómodo es la murciélaga. Pare a su vástago colgada patas arriba. Y cuando nace, lo tiene que cachar con una ala para que no se vaya al vacío.

Qué fuertísima impresión la de ver tanto cascarón roto, tanto parto, tanto animalito torpe y horroroso surgiendo a la vida. Qué tentación tan grande la de filosofar, clasificar, identificar. Simbolizar. Aprender.

Porque en la familia humana, y aunque seamos personas, inteligentes y libres, también hay de todo. Hay padres, muchísimos cuya paternidad se reduce a expeler un poco de semen. Les importa poco a quién fecunden: el chiste es fecundar. Otros, además, compiten, bailando o peleando con otros machos, para obtener los favores de la hembra, y después se desaparecen. Otros pobres se mueren en el intento. Y otros muchos son cuidadores, abastecedores, constructores de nidos, defensores y profesores de sus criaturas.

Tenemos también en nuestra especie, afortunadamente, muchos tíos y tías solidarios y cariñosos con los niños de otros.

¿Y las madres? También hay de todo. Hay las marinas y elementales, inconscientes, fecundísimas y abandonadoras. Hay las fieras guardianas de sus cachorros. Hay las que defienden a un hijo predilecto y dejan morir a los otros. Y claro que hay muchas, muchísimas, abnegadas empolladoras y amamantadoras, cargadoras, maestras, compañeras de juegos y valerosas abastecedoras y guardianas de sus bebés. También unas que son muy sabias, que saben separarse de los hijos cuando éstos están listos para vivir solos.



Y hay los ejemplos extremos. Las que sólo fueron un cuerpo usado y violado. Y existen también las que son como la pioja de mar, cuyos vástagos viven de ella literalmente, porque para nutrirse le devoran las entrañas, y al nacer e irse a vivir su vida, en vez de dejar a una querida y venerada jefecita, dejan un pellejo vacío, un cascarón muerto.